

ENRIQUE DAVILA JIJON

POR LOS CAMINOS...

(Poemas breves para niños grandes)

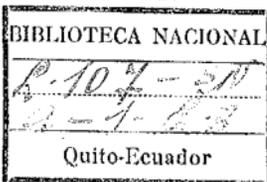


QUITO SETIEMBRE

DE MCMXXX

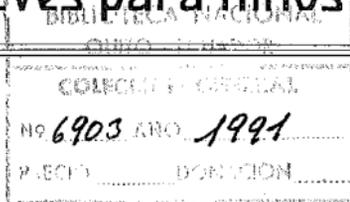
860-1(866) Davila
D 259h

ENRIQUE DAVILA JIJON



POR LOS CAMINOS...

(Poemas breves para niños grandes)



0002190 - J QUITO SETIEMBRE

DE MCMXXX

Al Excmo. señor doctor don
JUAN SALINAS LOZADA,
Ministro de Bolivia en el Ecuador,
como sincero homenaje del

A U T O R.

Quito, Julio de 1930.

EN ELOGIO DE LEAL,
UN PERRO QUE TENIA ALMA...

DEDICATORIA

A usted, señora, cuyos ojos inmensamente glaucos poblaron de ensueños mis diez y ocho años.

A usted, señora, en memoria de aquellos tiempos en los cuales usted no era todavía señora y tenía yo en el alma la ilusión de sus besos.

A usted, señora, cuando, después de tanto tiempo, he tenido la amarga satisfacción de encontrarla en la paz de un camino.

A usted, señora, este loco rosario de palabras para que, en alguna tarde, las repita al nene rubio que le dice: mamá....

Y ASI FUE COMO

PATILARGO, lanudo, de un color indefinido entre bayo y gris, Leal corre jugando por el camino. De cuando en cuando se detiene, se vuelve a mirarme y ladra, ladra hacia el dorado sol de setiembre.

Nos conocimos una tarde. El era un pobre perro sin dueño y sin abrigo, que se moría de hambre en una cuneta del sendero. Yo, un soñador meditabundo. Le dí de comer. Sus pupilas se clavaron en las mías con infinito agradecimiento.

Y así fue como, desde aquel día, el soñador meditabundo y el pobre perro del camino idealizaron juntos, en la paz de los campos, bajo el sol dorado de setiembre.....

CON LEAL

VEN A LEER conmigo, Leal, este tomo de versos. Vamos los dos a rumiarse este tomo de versos sobre la grama de la colina, sin que pueda interrumpirnos la balumba de presumidos que arrollan con sus autos a las gentes y a las pobres gallinas del camino.

Yo leeré en alta voz y tú escucharás agitando la cola gentil. Luego, cuando haya concluido, ladrarás alegremente, mientras tus pupilas, pupilas que saben del misterio del más allá, se humedezcan de emoción.

POR LOS CAMINOS

11



Es mejor que nos apartemos de la gente. A la tarde volveremos con el alma tranquila y un dulce bienestar en el corazón....

Una flor silvestre, una mariposa, un pájaro, un libro de versos, ¿qué más quieres, Leal, para pasar una tarde feliz?

LEAL HA MATADO UN PAJARO

NO ESTA BIEN, Leal, lo que has hecho. Matar un pájaro es matar un trino, una cadencia. Y nada hay más bueno y hermoso en el mundo que un trino, una nota o una cadencia.

¿No te da pena ver cómo agoniza el pobrecito, todo tembloroso, con el piquito abierto, con los ojos dilatados y brillantes, cual dos gotitas de tinta china? Matar un pájaro es un crimen. Yo no sé si podré seguir queriéndote, Leal.

Cuando vayamos a la colina y nos sentemos sobre la grama, entre las flores amarillas y las mariposas multicolores, notarás que en el gran concierto de la naturaleza falta una voz, la voz de este poeta olvidado, que tú has dejado exámine. Entonces sentirás remordimiento. Y nada hace sufrir tanto como el remordimiento de una mala acción.....

Y las luminosas pupilas de mi perro tienen en el crepúsculo un extraño temblor.....

Me alejo despacio y le oigo aullar terrible, desesperadamente, junto al frío cadáver del pájaro cantor.....

¡Si muchos hombres fueran como este perro!

PASA EL TREN

MIRA, LEAL, desde esta curva de la vía veremos pasar al tren.
¿Te gusta el tren, Leal? El tren es como una ilusión. Cuando se lo espera tarda mucho. Se da cuenta de que ha llegado cuando se le ve partir.

¡Oh el tren! Corredor eterno e incansable. Siempre hay una mente que le sigue desde una estación que queda cada vez más atrás. Siempre lleva tras sí un adiós, un suspiro o una lágrima. Siempre

carga un corazón que late dolorido y una alma que quisiera estar en otra parte.....

Amo los trenes, Leal. Soy un enamorado de su penacho de humo, humo blanco como la lejanía, azul como la esperanza, negro como el desamor. Envidio a esos hombres rubios, viajantes sempiternos, que tienen una novia en cada estación; esos hombres rubios, ¿los has visto, Leal?, que mascan tabaco y sonrían mirando la campiña por las ventanas de la locomotora.

Debe ser bonito contemplar el crepúsculo mientras la máquina jadea y corre sobre las paralelas de acero, y debe ser también bonito, mucho más bonito, rasgar las sombras, sin miedo, presididos de dos ojos enormes que desgarran la vía y de una altísima columna de chispas imponentes.

¡Oh, el tren, Leal! Algo que no se detiene nunca, algo que llega, para un momento, hace nacer un dolor o una alegría, pita y se va.....

Mira, Leal, desde esta curva de la vía veremos pasar al tren. Puede que alguna cabécita rubia brille al sol de la mañana, como un poco de oro puro; desde alguna ventanilla, puede que unos ojos azules nos contemplen con un poco de ternura; mientras su dueña se pregunte: ¿qué

harán este hombre y este perro, en tan grande soledad?....Y los ojos azules nos llevarán, Leal, como un cuadro de película, en sus retinas brillantes, hasta la próxima estación.....

¿Pasó el tren, Leal? ¿Ese ruido viene o se va? Sí, pasó el tren. Ya veo alejarse su penacho de humo. Ya veo un pañuelo que se agita en el aire, blanco como una alma de mujer que nos dijera adiós....

LEAL HA MUERTO

 LEAL se ha quedado profundamente dormido sobre el polvo amable de la parda carretera.

Leal se ha quedado dormido y un auto burgués lo ha despanzurrado sin misericordia entre sus ruedas. Un montón informe y ensangrentado es todo lo que queda de él.

El chofer de *sport* que manejaba el automóvil, un aristócrata de ojos impávidamente azules, dirigió intencionadamente hacia él su carro.

Todos los ocupantes del vehículo celebraron la hazaña con sonoras carcajadas. ¡Qué bonito es ver matar un perro acostado al borde del camino!

Te has ido, Leal. Hiciste bien....

ADIOS LEAL

AQUI TE QUEDAS, Leal, en la colina verde, bajo el manto azul del cielo.

Con la grave liturgia de un rígido rito, he tomado tus despojos para traerlos hasta este sitio.

Aquí tus huesos serán savia de las campánulas solitarias y de las pobrecitas flores amarillas.



¿Recuerdas, Leal, cómo en este mismo sitio te leía versos, las tardes tranquilas del mes anterior? Ahora vendré a leértelos también. Los versos irán de las flores al tallo y por las raíces hasta tu corazón, como un brote nuevo de armonía cristalina.

Duerme, Leal, bajo el firmamento azul, mientras la flor perfuma la pradera y las mariposas juegan con tu alma, porque tu debiste tener alma, Leal, sobre los pétalos de las campánulas solitarias y de las pobrecitas flores amarillas.

Abajo, en el camino, las bocinas de los autos pondrán una inquietud en el corazón y habrá un alarido de angustia en el último estertor del crepúsculo. . . .

YO SE

YO SE, LEAL, que ahora jugarás en el cielo con los pequeñucos que, durante su breve permanencia en el mundo, supieron del hambre y del frío, con aquellos chiquitines harapientos que, nacidos en un ciego momento de lujuria, sufrieron el inri de infamia con el que les marcó esta sociedad cristiana y cruel.

Yo sé que correrás tras ellos, los que nunca tuvieron un juguete de cartón, por los blancos caminitos del cielo, ladrando alegremente.

!Qué bien debe estar tu alma de perro bueno, entre las almas de los niños buenos!

Una noche, una noche cualquiera, arroja en mi camino una flor, Leal, una flor luminosa, de ésas que hay en el cielo.....

POR LOS CAMINOS . . .

A don Nicolás Jiménez,
sinceramente.

LOS QUE FABRICAN CANASTOS

EN EL CARRIZAL silba el viento.
—Más carrizos “taita”, máaaas

Y sentadas sobre la grama cubierta de hojarazca, las indias pequeñas despojan a los largos carrizos de sus hojas y las más grandes los dividen, a lo largo, en muchas partes, hasta convertirlos en tiras delgadas y flexibles.

Dentro del carrizal que arrulla el viento, el “taita”, con rápidos relámpagos de machete, troncha los carrizos verdes.

La madre, cuyos dedos se vuelven veloces, efectúa el milagro de la transformación. Tejen, tejen sus manos callosas y morenas, y de las tiras largas, delgadas y flexibles nace el canasto magnífico que, al otro día, los clientes de la feria lo comprarán en real y medio.

—Más carrizos "taita"....

A veces una astillita de carrizo se torna agresiva y penetra en la carne, ellos se chupan la herida y en paz.

En el carrizal silva el viento. Un último rayo de sol canta en la cumbre de la cordillera la canción de los siete colores; y ellos los que al otro día venderán canastos en la feria, avanzan lentamente, uno tras de otro, con su fortuna a cuestras....

LOS VENDEDORES DE OLLAS

YO LES HE VISTO sentados al borde del camino, sudorosos, con la enorme y frágil carga junto a ellos, comiendo su maíz tostado.

A la penumbra crepuscular, cuando ya el paisaje no es más que una gran mancha oscura, les he mirado desfilan uno a uno, por la cuesta que atraviesa la sierra, con un pasito menudo y ligero, como fantasmas de cuento.....

Tienen, a veces, un asno. Un paciente asno de largas orejas, que mordisquea las pobres hierbas anémicas que crecen al borde del camino.

Son los vendedores de ollas. Rojas ollas de barro cocido al fuego.

—¿Ustedes venden ollas, verdad?

— Sí, su *mercé*, patrón....

—¿Y de esa carga enorme, cuánto sacan?

— Cinco sucres, patrón. *Vendimos a rial y medio*, patrón.

—¿Y vienen de lejos?

— Sí, su *mercé* desde *tierra arriba*, venimos, patrón....

Y se fueron trotando, trotando a menudos pasitos, por la parda carretera ...

Aún suenan sus voces, como una nota que se muere:

—Las buenas ollas, caserita....

EL HOMBRE DEL ELIXIR MARAVILLOSO

EL ELIXIR MARAVILLOSO, señores. Para dolores de muelas, para ataques de bilis, para males del corazón. Una sola gota, una solamente, basta para calmar el más fuerte dolor en un minuto. Hay que tener a la mano este precioso elixir, señores. La previsión es una gran virtud.....

Su voz estentórea tronaba en la plaza del pueblo. Era un hombre extraño. Alto, moreno, de nariz afilada. Los cabellos negros y largos daban al mago un aspecto ridículo y extraño a la vez.

Sobre una mesa, rodeado de una alameda multitud de campesinos, con un frasco entre las manos, pregonaba su mercancía.

—Sólo por veinte centavos, señores, ¿quien no quiere curarse de su lumbago, de su ciática, de su fiebre perniciosa, sólo por veinte centavos? Vamos a ver. Aquí hay un caballero que desea un frasco. Aquí está una niña que quiere otro... Ya se acaban los frascos del elixir maravilloso, señores... Ya quedan muy pocos. Es preciso apurarse. La previsión es una gran virtud.

Y de su maletín de mano se escapaban los frascos en fuga desesperada.....

El hombre de lengua cabellera, de nariz de pico de águila, el mago, reía.....

... ¡Si este trotacaminos embaucador quisiera vender mis libros así, de feria en feria, mis pobres libros que tienen sed de los caminos! En este mismo pueblo, sobre esta misma mesa, su voz estentórea proclamaría la excelencia de sus páginas.....

—Este libro, señores, es el libro de un soñador loco, que cambia el oro de su corazón por unos pocos centavos.....

¡Y cómo le oiría alclada esta buena gente, y cómo diría la dulce e ingenua campesina: Para mí uno.....!

¡Si este trotacaminos embaucador quisiera vender mis libros, siquiera mis pobres libros realizarían mi ensueño: rodar por los caminos....!

POR LOS CAMINOS



SANRROQUEÑO LIBERAL

 QUIEN NO LE HA VISTO ambular por la vieja carretera de García Moreno, roto y miserable?

Quando apenas ha salido el sol, se ve erguirse su silueta de entre el polvo del camino, y luego se oye su voz gangosa de borracho:

—¿Tienen bateas para componer?

Porque Sanrroqueño Liberal es un honrado profesional del arte de componer bateas.

Alto, vestidos de harapos, de nariz terriblemente roja y amputada una pierna, es un tipo legendario en la vieja carretera.

—¿Tienen bateas para componer?

Si las hay se sienta al borde del camino o a la puerta de una casa, saca sus herramientas de una bolsa y callado, sin una mirada que no sea para su trabajo, Sanroqueño Liberal restaura las bateas que rompió el sol.

A la tarde, cuando su único pie andariego, con la complicidad del muleto, ha devorado un gran tanto de camino, busca el abrigo de un estanco, de un humilde estanco de aquellos que hay en la vieja carretera de don Gabriel García Moreno, y sentado a la puerta bebe con deleite algunas copas del buen puro mezclado con agua. En cada copa se bebe una parte de la módica ganancia de su oficio de vagabundo.

Y ya cuando todo está oscuro, cuando sólo las linternas de los autos iluminan fugazmente el camino y las agujas de los pencos pensativos entre el ladrido de los perros, Sanroqueño Liberal se incorpora, toma su muleto, se planta en medio de la vía y grita con voz estentórea:

—Yo soy Sanroqueño Liberal, cáspita. En veinte guerras he peleado. Debí haber sido general.... Maldita la suerte perra....!

Le responden los canes a lo lejos y el eco que va dando tumbos entre el polvo de la ancha carretera.

Cuando ya se ha cansado de gritar, cuando nadie contesta, ni los perros, ni el eco, a sus gritos destemplados y a sus desafíos, entonces quedamente se tiende a la vera del camino sollozando como un niño y se duerme luego. Quizás sueña con las charreteras doradas que no pudo alcanzar.

Los primeros caminantes le encuentran tendido a la vera del camino, miserable, como un pobre muñeco destrozado.

Sanroqueño Liberal es un enamorado de los caminos, vive en los caminos y algún día se quedará muerto en medio del camino, como se mueren los pájaros ...

Si vas por la vieja carretera de García Moreno, lector, puedes preguntar por él.

PARA GUAPULO UN ELOGIO

A POCO TRECHO DE LA CIUDAD, en la ladera, se duerme una aldea pequeñita. En élla las fuentes de agua cristalina murmuran levemente, con la levedad del rezo que emerge de los labios mongiles, y las flores: rosas, claveles, margaritas, magnolias, encuentran en aquel suelo pintoresco eterna primavera.

¿Habéis visto vender por las calles de San Francisco de Quito bouquets de flores polícromas y fragantes, así en verano como en invierno? Si preguntáreis de donde las traen, os dirían que de Guápulo.

Guápulo: nombre que tiene olor de flores y de santuario, santuario perdido entre los riscos, donde el arte canta su poema de piedra y donde, al amanecer, se eleva hasta el cielo, entre el humo del incienso y el trinar de los pájaros, la voz de los romeros:

“De Dios, oh Madre excelsa
en todas las edades,
serás por tus bondades,
del corazón imán

Por eso a tu santuario
con fe y amor venimos,
las penas que sufrimos
alivio en Ti hallarán...”

¡Qué bien se siente el alma en tu silencio, Guápulo pequeño y mío, cómo se expande el espíritu entre tus árboles mecidos por una brisa que tan bien sabe acariciar. En tu regazo yo tejí mis ensueños más bellos que —inexorable destino— se evaporaron un día; tu me inspiraste los poemas más tiernos, con las campanitas de tu santuario más de una vez dí al aire mi inocente ilusión de muchacho de siete años!

Guápulo: fuentes y flores; silencio que engrandece, que mata las malas pasiones, que nos hace buenos.....

Guápulo, aldea tan pequeña y tan mía, cuando sepas que he muerto, ¿querrás poner sobre mi tumba, un manojito de tus rosas encendidas?....



EL RONDADOR SE VA...

ESTA MAÑANA, cuando apenas apuntaba el alba, he oído en el camino la dulce queja del rondador.

El rondador reía. El rondador lloraba.

Su risa era una risa de sarcasmo, era una risa triste. Su llanto era un desgranar de notas como lágrimas.

No pude resistirme. Me asomé a la ventana.

Un indio vendedor de ponchos arrebuñado en su bufanda de lana, lo tocaba. Era un indio artista. Su alma fluída en notas circulaba por los tubos de carrizo del rondador.

Y me emborraché de sentimiento: todo lo amargo, todo lo ido, lo que quise que fuera y no fue. . . .

(La tarde anterior le había visto por primera vez, después de tanto tiempo, señora, señora de los grandes ojos glaucos y las miradas pensativas. . . .)

. . . . Y he vuelto a vivir el minuto presente. Por allá va el indio sacando notas de su rondador que araña el alma. . . .

Hace frío. Cierro la ventana. ¿Es, acaso, el relente que ha humedecido mis ojos?

EL PASTOR QUE NO VOLVIO

RAS LA LOCA MANADA DE CHIVOS, solía ir el mudo, hu-
raño y grave.

Hablaba solo, quién sabe qué cosas, entre dientes, con una especie de sordo gruñido.

Cuando algún animal se apartaba del rebaño, corría tras él, furioso, lanzando un grito, mitad sollozo, mitad blasfemia....

Nadie supo su nombre ni de donde venía. Todas las mañanas se le veía pasar hacia los altos riscos que resguardan el río y todos los crepúsculos también, de regreso, más triste y más huraño. Era un mudo que no sabía reír.

El río está rodeado de laderas espantosas, en las que crece un poco de hierba anémica y gris. Los chivos pastaban allí, subiendo por senderos inverosímiles. El pastor, en tanto, bajo una gran mata de chilcos, esquivándose así del sol calcinador, monologaba solo, con una especie de sordo gruñido, quién sabe qué cosas....

Pero una tarde los vecinos del pueblo vieron regresar la loca manada de chivos sin el pastor. Iban muy desunidos, uno a uno, en lenta procesión, balando tristemente, como si quisiesen llorar....

Es preciso ir, dijeron los vecinos. Y subieron por aquellos senderos inverosímiles hasta los altos riscos. El mudo estaba allí, al fondo de uno de ellos, despedazado, trágico, con los ojos abiertos, mirando la luna. En sus labios había algo como una siniestra carcajada. Una carcajada horripilante, helada....

Fue la primera vez que se le vio reír....

POR LOS CAMINOS FLORECIDOS

va la caravana de los desvalidos:
ciegos, leprosos y tullidos.

Ramón del Valle Inclán.



LA VERA DEL CAMINO, ya cerca del pueblo, hay un cieguccito que murmura mansamente, con el ruego más triste: ¡una limosnita por el amor de Dios!

Nada hay para mí tan amargo y torturante, como un pobre que pide un mendrugo de pan en una carretera circundada de campos de esmeralda y oro; en un campo donde canta el trigo la canción del pan,

donde las ubres enormes de las vacas hacen soñar con la blancura de la buena leche. Un ciego que implora en el camino, porque se muere de hambre, porque ese pan y esa leche son de otros hombres, de unos señores viciosos y estúpidos que viajan en automóvil, conmueve verdaderamente el corazón

Yo he visto muchas manos levantarse implorando un poco de pan, yo he oído hablar al hambre con su voz claudicante y dolorida; pero jamás estas imploraciones y estas palabras me conmovieron tanto, como la manera de decir del ciegucecito del camino: ¡Una limosnita por el amor de Dios! Y sus ojos, pupilas ciegas, pupilas blancas que dilata la angustia, brillan con el fulgor de una lágrima....

Viajero que, acaso, rumias tus sueños por el camino que conduce a Conocoto, si oyes una voz que dice, con el trémolo más triste: ¡Una limosnita por el amor de Dios!, no te pases de largo, por favor....

EL INDIO QUE HACIA ACROBACIAS



AH, EL INDIO BORRACHO cómo sabía divertirnos las pueblerinas tardes del domingo!

Venía a la misa de las doce, caballero en su rocín color castaño. Ponía una moneda de a dos y medio centavos en la bandeja que el obeso párroco, en persona, presentaba a los feligreses y otra en la que el sacristán recogía para las ánimas benditas; y, entonces, con la satisfacción del deber cumplido, ingresaba en el estanco de la esquina.

— Dos “riales” del buen “puro”, patrón.

Y el estanquero, un rubio rechoncho, le entregaba una botella sucia y una copa de cristal muy grueso.

Su caballo castaño, en tanto, esperaba a la puerta de la tienda.

¡Cómo nos divertíamos las pueblerinas tardes del domingo!

Cuando en unión de sus compadres habían agotado algunos “dos riales” del buen puro, daba comienzo la función.

Salía a la plaza. Alto, calzado de alpargatas, con el poncho arremangado y “zamarros” de piel de chivo. Sus espuelas rechinaban sobre el suelo.

El caballo le seguía con la cabeza baja. El le tomaba de las riendas y gritaba:

— Con cinchal

De un salto se ponía sobre el jamelgo y en carrera loca recorría dos y tres veces la plaza, hasta volver al sitio de partida.

— Sin cinchal

Y la carrera se repetía, impetuosa, terrible. Estaba borracho, completamente borracho, y podía sostenerse jinetecando con brío.

Desmontaba; volvía al estanco.

—Otros “dos riales”, patrón.

Qué mal “puro” tiene su “mercé”, patrón.....

El estanquero cerril, rechoncho, grande y rubio sonreía.....

* * *

¡Oh el indio que solía con sus acrobacias, poner fiesta en las pueblerinas tardes del domingo!

Ayer tarde yo le ví, de pie, en la puerta de la iglesia. Me pareció algo triste, y no pude imaginarme que su figura alta y esbelta decorase por última vez la entrada del templo.

Sí, fue la última vez, porque aquella misma tarde, cuando efectuaba sobre su caballo castaño la postrera prueba, voló por los aires como un trágico muñeco.

Un grito de horror hizo temblar la plaza. Allí estaba el hombre sobre el suelo, como un montón de carne ensangrentada, y junto a él el pobre caballo castaño, mirándole con las pupilas húmedas.....



* * *

¡Oh el indio que solía con sus acrobacias, poner fiesta en las domingueras tardes pueblerinas!

Hoy sólo se escucha el monótono son de la pelota que juegan los campesinos en la plaza. . . .

No suena la voz potente que decía:

—Dos "riales" del buen "puro", patrón. . . .

Hasta el estanquero, cerril, rubio y rechoncho ha dejado de sonreír y me imagino que enflaquece. Quizá sea de pena. Quizá, también, de remordimiento

EL ENTIERRO SE VA . . .

POR EL CAMINO POLVORIENTO, donde el sol incendia a la tierra sin ninguna piedad, entre las recuas conductoras de leche blanca, avanza un fúnebre cortejo.

Es un camino de la sierra. Un caminito blanco que culebrea sobre la enorme giba del monte.

Por ese caminito blanco, entre el tintineo alegre de los barriles de leche que conduce la recua, avanza el cortejo fúnebre. Cuatro indios ro-

bustos conducen el ataúd, aplastados bajo su peso. El ataúd es rojo, con adornos dorados y plateados.

Cuatro indias gimoteando van tras el humilde féretro que calcina el sol de agosto imperturbable, ese mismo sol que les avisa la hora, para que puedan responder: "Ya tan han de ser las dos".

Espirales de polvo se levantan, un polvo menudito que penetra en la garganta y provoca tos. Ya se pierde el cortejo fúnebre en la última vuelta para entrar al pueblo. Allí el Cura le gangueará un responso, si hay quien lo pague, y con cuatro paladas de tierra, se perderá la humilde caja roja....

Ya se pierde la mísera farándula. Apenas se divisa el ataúd entre el liencillo blanco. Los gemidos de las indias se mueren en el espacio. Y la recua corre, corre, con alegre tintineo de barriles. El conductor, caballero en su mula negra, calzado de alpargatas, con sendas "roncadoras", al pasar junto al muerto le saluda. Sus cabellos mugrientos e hirsutos brillan a la luz del sol....

LOS PERROS VEN PASAR LA MUERTE

EN UN REVOLTIJO de nubes densas y oscuras se nos vino encima la noche y tuvimos que detenernos en una choza del camino. Era una noche verdaderamente horrible. Las ramas del camino, más negras en la sombra, semejaban peligros aguardando en cada curva.

Una fogata ardía en el fondo de la choza. Junto a ella nos calentábamos las manos.

El dueño de la casa un indio joven y humilde, nos contemplaba en silencio, mientras en un rincón, sobre un montón de trapos, cabeceaba su mujer y sus hijos pequeños.

—¿Esté terreno es tuyo?

—Si, patrón

—¿Con la sementera de ocas y de papas?

—Si patrón.

—¿Cuántos hijos, tienes?

—Cuatro, patrón

—¿Sin duda tendrás también caballito y vaquitas?

—Antes "ca", si tenía caballo patrón: pero "aura" desde que en fermé y patrón no quiso dar ni un "calesito" adelantado, diciendo que "aura" ya no hay "seguridad", no tengo caballo patrón

—¿Te andas, entonces, a pie?

—Si patrón, de aquí a Quito, saliendo madrugadito, cuatro horas no más "hacimos" patrón

Una lluvia lenta y pertinaz caía con monótono son sobre la paja de la pobre choza.

No muy lejano un perro aullaba desesperada y tiernamente. En el silencio de la noche su voz ponía en la piel un cosquilleo escalofriante....

—Alguien va a morir, patrón....

Nos miramos los ojos en silencio.

—Los perros ven la muerte, patrón. Cuando murió mi "taitico" también aulló así el perro, patrón....

* * *

Brilla el sol sobre la cabeza cana de los altos picachos. La brisa de la mañana nos dá un optimismo grandioso.... Reímos y charlamos....

—Mira, me dice mi amigo, al pasar un puente construído con troncos de árbol y cubierto de "chambas"....

El horror me aprieta la garganta y macera mis carnes. En el fondo de la quebrada, descabezado, informe, yace el cuerpo de un hombre....

Y zuban en mis oídos las palabras del indio:

—Los perros ven la muerte, patrón. Cuando murió mi "taitico" también aulló así el perro, patrón....

MIGUEL PRADO ORREGO

CON UN PARAGUAS verde y roto bajo el brazo, con un jaquet raído por el uso, con sus típicas gafas de cerco de hojalata, solía ir lentamente por el camino, a la tarde, cuando los primeros o los últimos rayos del sol doran las lomas que rodean Guápulo, leyendo un periódico o un libro.

Pequeño, inclinado hacia la tierra, bajo sus pobres carnes de aseta, guardaba una alma grande. Se llamaba Miguel Prado Orrego.

Escritor, viejo amigo de los libros, bajo su dirección florecieron las instituciones confiadas a su cuidado, guió a las masas obreriles y fue, sobre todo, un decepcionado.

En el atardecer de la vida, buscó un rincón tranquilo para esperar la eterna noche y, como pájaro herido, escondió la cabeza bajo el ala y se dejó morir

Guápulo le dió albergue y sus innumerables rosales dejaron caer sobre su tumba las rosas más encendidas.

Fue Teniente Político y un día le depusieron.

—Ya no soy Teniente Político, me dijo. Me han dejado cesante. Y añadió: Yo no quise el cargo, me rogaron que acepte.

Miguel Prado Orrego no podía ser Teniente Político. Era demasiado bueno. Era demasiado honrado. Bajo su jaquet raído, no cabía la autoridad del cacique del pueblo, ignorante y ladrón.

Y una tarde las campanitas del santuario lanzaron al aire un gemitido trágico: Miguel Prado Orrego ha muerto. Ya nunca más le veréis, sudoroso, ascendiendo por el camino que acaba en la ciudad, leyendo un periódico o un libro. Ya nunca más le encontraréis sentado sobre la

"Piedra del Padre", secándose el sudor con su pañuelo a cuadros de colores.....

Y al otro día, muy despacio, Miguel Prado Orrego ascendía por última vez el camino, encerrado en una caja negra, mientras Guápulo entero le lloraba por la voz de las campanas de su santuario, por el leve murmullo de sus fuertes, por la voces afónicas de los instrumentos de la charanga pueblerina. Quién sabe si en los jardines se habrán desmayado las flores.....

Duerma usted, buen amigo. Guápulo tiene paz para todos: para los vivos y para los muertos; duerma usted, mientras el camino le añora y las fuentes cristalinas yo he oído que le nombran.....

Y DICE LA FLAUTA DE PAN

A Herminia del Portal,

la bella y dulce poetisa

c u b a n a .

INDIO!

EN LA TIERRA DURA, su brazo potente
clava el curvo hierro, y, de cuando en cuando,
con la vieja manga de liencillo burdo
se limpia la frente.....

Los primeros rayos de la luz del día
besaron sus ojos,
ojos que denuncian una pena inmensa

clavada muy hondo,
y también los últimos al morir le vieron
siguiendo los pasos tardos de los bueyes.....

Por él dora el trigo, por él la vacada
dá el dulce milagro de la leche blanca;
pero él nada tiene, para el amo blanco
trabaja, para el amo blanco
que le doma a palos.....

¡Paria miserable nacido entre harapos,
animal de carga para el amo blanco!
Por algunos sures, por un pedacito
de tierra, que en lejano día le dieron al padre,
aceptó la herencia: penas y dolores
que no acaban nunca.

En la tierra dura su brazo potente
clava el hierro curvo y, de cuando en cuando,
con la vieja manga de liencillo burdo
se limpia la frente.....

EL "NEVADO"

SOMBRREROS DE PAJA aludos y blancos,
"zamarros" de cuero, grandes "roncadores",
al paso ligero de nuestros jamelgos
nos vamos al páramo

En los matorrales que guardan las zanjas,
el viento alocado ríe a carcajadas;
el "Altar" nos deja ver sus viejas canas
a la luz opaca de la madrugada

Trotan los jamelgos, trotan por el páramo,
mientras las perdices que husmean los perros
desgarran el aire, y en loca carrera
se ven las siluetas de hurraños conejos.....

—Prepara la “guasca”, allá va el “nevado”.
El lazo solloza batido en el aire,
y el toro nevado, señor de los páramos,
salta y muge airado, pendiente del lazo.

El jamelgo clava sus cascos potentes
en la grama verde, la cuerda tirante
murmura y se queja....¿qué pasó?,
caballo y vaquero ruedan por el suelo....

Sombreros de paja aludos y blancos
“zamarros” de cuero, grandes “roncadoras”,
al paso cansado de nuestros jamelgos,
volvemos del páramo.....

YAGUARCOCHA

“Cinco mil combatientes cayeron en la
lucha y la laguna se tiñó de sangre. Desde
entonces se la llamó Yaguarcocha”.

ESCOLTADA por lomas y mudos carrizales,
Yaguacocha murmura una leve oración
Bañado por los últimos rayos crepusculares,
el paisaje es una enorme y gris desolación.

POR LOS CAMINOS

69

El viento es un blasfemo. Meciendo el carrizal
dice cosas horribles. No respeta la pena
de la triste laguna; en tanto que fantasmal
llora un sauce en la orilla La serena.

superficie del agua de pronto se levanta,
mientras en la colina un caramillo canta
su canción pastoril. El crepúsculo derrocha

sombra y diez mil pupilas mustias
y tétricas, nos envían angustias
desde la superficie verde del Yaguarcocha. . . .

SAN PABLO

ENTRE LOS BRAZOS de los montes parece estar dormida
la sábana azulada que finje la laguna;
sólo un rumor lejano, sólo una
emoción de belleza como nunca sentida....

Cabecea la barca. Entre los totorales
las garzas interrogan de problemas ignotos

a la inmensidad y sobre los cristales
del agua, los patos son pétalos de lotos. . . .

De pronto una bandada se eleva hacia la altura
cual pretendiendo, acaso, llegar hasta la albura
del Imbabura viejo. Cabecea la barca

y ante el horizonte que la mirada abarca,
se despierta en el alma una dulce ansiedad,
un anhelo lejano e infinito, como la eternidad. . . .

Ibarra-Otavalo Febrero de 1930

LOS ULTIMOS POEMAS

HUMILDAD



ALMA: sé como el agua mansa que lagrimea entre la grama y que está siempre dispuesta a calmar la sed de los pájaros que trinan embriagados de sol.

Alma: el agua no conoce agravios y canta siempre el poema de la santa humildad.

Alma: sé como el agua pura, noble, diáfana

SERENIDAD

Silencio.

El álamo es un viejo hermitaño y ahora está diciendo la oración de la mansedumbre.

Alma, es preciso que calles. Es necesario que reces.

¡Qué bello debe ser morir con una plegaria trunca entre los labios en el atardecer!

Sigue, alma mía, lo que dice el álamo hermitaño:

“Padre nuestro que estás en los cielos....”.

ALMA, EL CAMINO TE HA DICHO

I

—Hermano gusano, ¿que haces tendido sobre el polvo, con la mirada en alto?

—Estoy viendo el cielo, hermano. . . .

Alma mía, es preciso que mires tú también hacia el cielo, es tan bueno el azul, hay tanta miseria en lo bajo. . . .

—Hermano gusano, ¿qué estás viendo en el cielo?

—Calla, no hables. . . . Por aquella ventanita del cielo, me hace señas Francisco de Asís, nuestro hermano. . . .

II

Sigue ambulando, alma, que el camino te ha dicho:

Hay que ser noble, hay que ser manso, hay que ser diáfano. . . .

Enrique Tarazona

POR LOS CAMINOS



INDICE

EN ELOGIO DE LEAL, UN PERRO QUE TENIA ALMA

Y así fue como	9
Con Leal.....	11
Leal ha matado un pájaro	13
Pasa el tren	15
Leal ha muerto.....	19
Adios, Leal.....	21
Yo sé	23

POR LOS CAMINOS ...

Los que fabrican canastos	27
Los vendedores de ollas	29



POR LOS CAMINOS

El hombre del elixir maravilloso	31
Sanroqueño Liberal	35
Para Guápulo, un elogio	39
El rondador se va	43
El pastor que no volvió	45
Por los caminos florecidos	47
El indio que hacía acrobacias	49
El entierro se vá	53
Los perros ven pasar la muerte	55
Miguel Prado Orrego	59

Y DICE LA FLAUTA DE PAN

Indio	65
El "Nevado"	67
Yaguapocha	69
San Pablo	71
Los últimos poemas	73

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA MUY
NOBLE CIUDAD DE QUITO, EN SETIEMBRE
DE MCMXXX, EN LA IMPRENTA DE LA
UNIVERSIDAD CENTRAL, SIENDO
REGENTE ALBERTO ARAVJO



Precio: dos sucres.

